

## MEDITACIONES

SOBRE LA

### PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

---

#### MEDITACION PRIMERA.

##### **Jesucristo se despide de su Santísima Madre.**

1.º No están escritas en los Santos Evangelios todas las cosas que dijo é hizo Nuestro Señor Jesucristo, porque no era el objeto de los Evangelistas referir una por una todas las acciones del Redentor, lo que por una parte era muy difícil, y por otra innecesario, bastando lo escrito para que creamos que Jesucristo es el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengamos vida en su nombre, como dice el discípulo amado. (Joan., cap. xx, versículo 31.) Mas esto no obstante, al examinar los pasos de la vida del Salvador, con el santo fin de imitar sus ejemplos, no sólo hemos de detener nuestra consideracion en los hechos que nos refieren los autores inspirados, sino tambien en aquellos que la tradicion de la Iglesia nos ha trasmitido, y además en los que, no constando expresamente ni de la Escritura ni de la tradicion, los supone la razon humana dirigida por la fé y sostenida por la autoridad visible de la Iglesia.

De esta naturaleza es el hecho de que nos ocupamos al empezar á examinar las últimas acciones del Verbo humanado por la despedida y tierna entrevista que medió entre Él y su Santísima Madre cuando era inminente el dia de su

Pasion. Nada nos dicen el Evangelio ni la tradicion; pero no podemos ménos de creer que así sucedió, pues, como dice el venerable Beda, «el maestro de la Verdad no podía ménos de cumplir el oficio de piedad haciendo él lo que queria que hiciéramos nosotros.» (In Lucam, II.) Y siendo una ley de la naturaleza el amor mútuo del hijo y de la madre, faltaria aquél á las prescripciones de una ley tan sagrada, si debiendo separarse de la que le dió la existencia para cumplir con algun gran deber que se ha impuesto, y en cuyo desempeño puede morir, no dijese á aquélla una palabra de despedida que aliente su corazon miéntras dura la ausencia, y sea un bálsamo de consuelo, en su triste soledad, si el hijo llega á morir en la empresa.

Estaba para cumplirse el momento decretado por la Sabiduría eterna, en el cual el Hijo de Dios se habia de ofrecer en sacrificio por los pecados del mundo. Para poder llegar á consumir esta obra, ¡cuántas humillaciones no habia sufrido este Hijo del Altísimo! La primera por donde empezó el período de su anonadamiento fué descender á nuestra nada y tomar nuestra naturaleza en las entrañas de una mujer. El Hijo de Dios es hijo del hombre, como Él mismo se llamaba; á pesar de ser Dios, de quien todos hemos recibido cuanto tenemos, hay entre todas las criaturas una á la cual es deudor su propio Criador, pues queriendo hacerse hombre, pidió á esta criatura el consentimiento para que fuese su madre.

Se ha realizado este sublime misterio, y al descender Dios al abismo de la humildad para hacerse hombre, María es sublimada á la altura inconcebible de la maternidad divina. ¡Oh abismo incomprensible! Todo el amor que María tiene á Dios como Dios, toma una nueva naturaleza desde que este Dios se hace hombre; es el amor de una criatura que aprecia con intencion altísima á su Criador, y al mismo tiempo siente hácia Él toda la ter-

nura del corazon que va á sacrificarse enteramente por darle vida. Desde que María es Madre de Dios, no se realiza en ella una sola accion, ni existe una sola idea, ni da un solo paso, ni aspira un solo aliento que no tenga por objeto único é inmediato el sostenimiento de la nueva vida que ha dado á Dios en su seno virginal. Al mismo tiempo Dios consagra todo su amor, cuan inmenso es, á María como á su Madre, cuya sustancia lo alimentará en los nueve meses que vivirá en sus entrañas, cuya leche lo nutrirá en la infancia, y cuyos cuidados le proporcionarán el techo, el vestido, el alimento por todo el tiempo de su vida. ¡Qué relaciones tan inefables!

Querer medir la extension de estos afectos de tal Madre y de tal Hijo, sería pretender medir el ámbito de los cielos. ¿Cómo, pues, se habia de entregar Jesus á sus enemigos sin decir á su Madre que el tiempo decretado por el Padre celestial habia llegado, que la tribulacion que habia de anegar su corazon en mares de amargura se acercaba, y que era preciso consumir el sacrificio? Habia vivido con ella treinta y tres años, y si al separarse de sus discípulos les dió una prueba tan relevante del amor que les tenía, como afirma el Evangelista (Joan., cap. XIII, vers. 1), siendo tan corto el tiempo que habian estado á su lado, con mucha más razon demostró á su Madre que la amaba y la veneraba, pidiéndola su asentimiento al sacrificio de la vida que ella misma le habia dado, y que iba á ofrecer al eterno Padre.

¡Qué leccion tan elocuente para nuestros afectos! Son pocas las almas que saben amar las criaturas con relacion al Criador, colocando su afecto en ellas, como si Dios no las hubiera criado para su gloria. Cuando Dios nos quita aquellos objetos con los cuales nos ligan relaciones de amor lícito y honesto, apenas bendecimos su Providencia, como hacía el Santo Job; muchos, al contrario, se entregan á la desesperacion, faltando á la fé y

esperanza que inculcaba el Apóstol á los fieles de Tesalónica (I, cap. iv, versículos 12 y 13), y otros hasta acusan á Dios de injusto. Todo esto depende de que no usamos de las cosas de este mundo como debemos, colocando en ellas nuestro afecto sin relacion á Dios; de aquí proviene la mala educacion en las madres, la insubordinacion en los hijos, y, por fin, el no tener mérito alguno delante de Dios cuando la necesidad nos obliga á sacrificar nuestras vidas en defender la Religión ó la pátria, ó cuando la muerte visita nuestro hogar doméstico, enlutando nuestros corazones. Aprendamos, pues, de Jesus á amar á nuestros hermanos y allegados con aquel cariño santo que la naturaleza inspira y la Religión consagra; pero al mismo tiempo estemos dispuestos á sacrificar áun este amor lícito y honesto en las aras del amor divino, al que debemos referir todas nuestras obras, y áun las más ligeras aspiraciones.

2.º Es creible, dice San Buenaventura (*Meditat. sup. vit. Christ.*, cap. LXXII), que esta tierna entrevista de Jesus y su Madre Santísima tuviese lugar despues que Aquél se retiró á Betania, seis dias ántes de la Pascua. En estos cinco dias el Redentor no se presentó ya en público, pues como cordero destinado al sacrificio, despues que se llegó al templo de Jerusalem y echó de su sagrado recinto á los que lo profanaban, ocupó todo el tiempo que medió hasta el dia en que se entregó á sus enemigos, en orar, como tenía de costumbre, dia y noche, en instruir á sus discípulos y en consolar á su angustiada Madre.

Para llegar siquiera á rastrear lo que sufriria el corazon de Jesus en estos últimos cinco dias, es necesario no olvidar que Jesucristo, por lo mismo que era Dios y hombre, sufrió infinitamente más que todos los hombres juntos, siempre que su alma santísima fué acometida por la tristeza; y se comprende que así debia de ser,

porque la sensibilidad es tanto más delicada, cuanto las ideas del entendimiento son más perfectas, y la voluntad no tiene movimiento alguno ni aspiracion que no sean conformes á la razon divina. Prueba de ello es que una misma desgracia, tocando igualmente á várias personas, no en todas influye igualmente, porque cada una la da el valor segun su propio modo de ver; mas siempre afecta más profundamente á quien posee un entendimiento despejado y penetrante, un corazon puro, un alma noble, generosa y sin mancilla; como que la sensibilidad es en ella una virtud que tiene su origen en el amor de Dios y se dirige á compadecerse del mal ajeno, viendo con toda claridad sus tristes resultados: examínese atentamente lo que era Jesus y su naturaleza.

¿En qué se diferenciaba Jesus de los demás hombres? En que fué concebido por obra del Espíritu Santo; en que en Él la naturaleza humana carecia de personalidad propia, y era sustituida por la divina; en que tomó todas las afecciones de nuestra naturaleza teniendo un cuerpo el más perfecto y delicado que ha habido, y una alma santísima, que, unida á la divinidad, gozaba desde el momento de su creacion y union al Verbo divino, no sólo de una ciencia sin límites, de una gracia habitual sin medida, *non ad mensuram dedit Deus spiritum filio* (Joan., cap. iii, vers. 14), sino tambien de la vision beatífica. Considérese qué exquisita sería en Jesucristo la sensibilidad, atendidas estas perfecciones y el estado habitual de su alma santísima; de aquella alma que, á pesar de ver á Dios, se conmueve al ser testigo de las desgracias de sus hermanos (Joan., cap. xi, vers. 33) y se estremece y llora al contemplar la dureza de los padecimientos que ha de sufrir. (Math., xxvi, 38.—*Hebreor.*, cap. v, versículo 7.)

Así, ninguno ha sido tan amoroso para con su Madre, porque ninguno ha valorado más dignamente lo que es

el corazón de una madre y lo que la debe un hijo. El corazón de Jesús se va turbando más y más á medida que se acerca el momento de tener que despedirse de María; es un cielo que se va cubriendo de negras capas de nubes que se agitan en todas direcciones, y en cuyo seno va aglomerándose una electricidad abrasadora, hasta que se desahogue en torrentes de aguas. Así está comprimido y turbado el corazón del Hijo, creciendo el dolor cuantas veces dirige una mirada á su santa Madre; viéndose precisado á cerrar sus celestiales pupilas ántes que las lágrimas, comprimidas con violencia, rompan como dos torrentes y sean para la Madre dos espadas de dolor que traspasen su amante y tierno corazón, que tanto se asimilaba al de su Hijo.

Contempla, pues, alma mía, á Jesús atribulado, porque sabe que va á causar aflicción á su Madre al separarse de ella para morir; no son los tormentos, ni los enemigos, ni los sayones, los que afligen á este corazón amabilísimo de Jesús; es su misma ternura hácia su Madre. ¡Ah! ¡Qué contraste forman el corazón de Jesús y el tuyo! ¡Cuántas veces te has separado del lado amoroso de esta Madre, no para practicar obras heroicas de virtud, sino para ir locamente, como un hijo pródigo, tras de los vicios y pasiones! Si ántes de poner el pié en el terreno de la corrupción hubieses pensado que tenías una madre sin cuya bendición no debías salir de su lado, y á quien causabas amargas penas con tu separación, no hubieras caído tantas veces en pecados graves. ¡Alma ingrata é irreflexiva! Jesús se contrista, porque se va á separar de su Madre para realizar la obra más gloriosa para Dios y más útil para el hombre, y tú no piensas siquiera, cuando pecas, que atraviesas el corazón de María con una espada de dolor, apartándote de la ley de su Hijo. Ya, pues, que el Señor se digna concederte tiempo para convertirte y luz para conocer tus ingratitudes, pídele perdón y gracia para

que tu corazón de piedra se vuelva todo ternura y amor hácia un Dios que tanto te ama.

3.º Llegado ya el momento de comunicar á su Madre con toda latitud sus designios, Jesucristo se retiraría á su aposento para poderla hablar con toda la franqueza propia de un hijo. Si el corazón de Éste se hallaba comprimido por la pena que iba á causar á su Madre, ésta, por su parte, lo tenía como fuera de su lugar, presintiendo que el momento terrible se acercaba. ¿Y cómo podía ignorar la Madre lo que era conocido ya de pública voz y fama? Sabía que se había celebrado un Concilio solemne, y que en él habían decretado los príncipes de los sacerdotes la muerte de Jesús; la conjuración de la Sinagoga era un hecho consumado que nadie ignoraba, pues ninguno podía confesar el nombre de Jesús sin incurrir en anatema; todo cuanto rodea á María la está anunciando que la espada está ya afilada y desenvainada, que su alma va á ser traspasada, que su soledad es ya inminente.

Por una parte sabe que su Hijo se ha retirado de Jerusalén, después de su entrada triunfal, para no volver más á esta ciudad sino para padecer; por otra, comprende que los judíos conspiran sin levantar mano; por otra, sabe también que Jesús da las órdenes competentes para que se prepare en Jerusalén lo necesario para celebrar la Pascua. Estando, pues, todo en movimiento de este modo, considérese lo que ocurriría dentro de la Madre cuando el Hijo la llamó aparte para hablarla. Su corazón, fiel intérprete de los deseos de su Hijo, ya se lo ha dicho; la que toda su vida pasó entre dolores acerbísimos, como dice el Santo Abad Ruperto (*In Cantic.*, iv), comprendió muy bien que el Rey de los mártires venía á ser el parainfo del martirio que iba á sufrir, acompañándolo en sus tormentos.

Jesús, pues, lleno de aquella ternura propia del hombre más perfecto que ha habido, y con aquella majestad

amorosa que reflejaba de la naturaleza divina, dirigiria la palabra á su Madre, hablándola de este modo: «Madre mia, tengo el sentimiento de anunciaros que están próximos á cumplirse los momentos más dolorosos de mi vida, y con ellos los misterios sagrados que darán paz al mundo y gloria á mi Padre. Cuando éste os mandó un ángel pidiéndoos vuestro consentimiento para que fuéseis mi Madre, apenas acabásteis de prestarlo, cuando desde el Trono de gloria de mi Padre bajé á tu seno virginal, tomando carne humana, para ser tu hijo, sin dejar de ser Hijo de Dios. Vine, pues, trayendo el mandato de padecer y morir, ejecutando así el comun consejo de la Divinidad para salvar al mundo. Yo os doy gracias por los continuos desvelos que habeis sufrido por mí desde que nací en Belen hasta ahora. La vida temporal que tengo os la debo: soy dueño de darla y tomarla; me entregaré á mis enemigos de mi propia voluntad; pero ántes de consumir la obra, os pido permiso para dar por la salud del mundo esta vida que de Vos he recibido. Me he de ver maltratado y escarnecido; me han de azotar y crucificar, y he de morir entre los más acerbos tormentos; pero ¡oh tierna Madre! yo hollaré la muerte y venceré al infierno; yo saldré triunfante del sepulcro para consuelo tuyo, para gloria de mi Padre y mia, para confusion de mis enemigos, y para fundar mi Iglesia y fortificar á mis discípulos.» Así hablaría Jesus.

Considérese qué sensacion tan profunda no causaria este razonamiento en el ánimo de María Santísima: su corazon se conmovió todo, dice San Buenaventura (*Meditation. vit. Christ.*, cap. LXXII), y quedó su espíritu como embargado; mas como aquella alma santísima estaba llena de la sabiduría y gracia divinas, y como el deseo más vehemente que habia en el corazon de la Virgen era la gloria de Dios y la redencion del hombre, que sabia no podia tener lugar sino con la Muerte y Pasion de su

Hijo, llena de ternura y heroismo al mismo tiempo, y derramando de sus ojos abundantes lágrimas y exhalando suavísimos suspiros, contestaria sin duda á su Hijo de este modo: «¡Oh Hijo mio! Cúmplase siempre en todo la voluntad de tu Padre celestial. Su sabiduría eterna no ha encontrado otro medio que la muerte de su Hijo para aplacar su infinita justicia, y yo me conformo y alabo al Señor por sus misericordias. Pero, Hijo mio, ¿será posible que mueras tú y viva yo? ¿No permitirá tu Padre celestial que, al dar la vida su Hijo, le acompañe en el sacrificio la Madre?» Dijera aún más la inocente paloma; pero un torrente de amargura anuda su lengua y ahoga su voz, y al mismo tiempo que la espada del dolor traspasa su corazon, su alma se extasía en la contemplacion de la misericordia divina, que tanto ama á los hombres, adorando con humildad los decretos divinos. ¡Ah! La hija más noble del gran Padre de los creyentes vence á su ascendiente en fé y generosidad.

Acércate, pues, alma mia, y como la pecadora arrepentida, siéntate junto á los piés del Salvador, y oye las palabras del Hijo de la Madre. ¡Qué amor tan acendrado al Padre celestial arde en aquellos dos corazones! ¡Qué caridad tan grande y tan desinteresada hácia los pecadores! ¡Cómo se ve salir el fuego de aquel amor y de esta caridad por cada una de las palabras que pronuncian Jesus y María! Por nuestro amor se separa Jesus de su Madre; por nuestro amor María consiente que su Hijo vaya á padecer y morir. ¿Será posible que seamos ingratos á tantas demostraciones de afecto y de ternura como Jesus y María nos han dado? ¿Y no nos daremos enteramente á Dios, dejando por su amor al padre, á la madre, á los hermanos y á cuanto quiera encadenar nuestros corazones á las cosas terrenas, cuando por salvarnos se han ofrecido á la muerte, á los tormentos, al dolor y á la soledad el Hijo de Dios y su tierna Madre?

¡Ah! No sólo somos ingratos hácia Jesus y su Madre, sino que somos crueles con nosotros mismos, buscando nuestra perdicion en la dureza de nuestros corazones. ¡Ángeles santos, cielo, tierra y cuanto hay en la creacion, alabad y bendecid á tal Hijo y á tal Madre por el amor que tienen á los hombres! Yo os alabo, Jesus mio, y quiero bendeciros por toda la eternidad.

## MEDITACION II.

### Sobre la última cena de Jesucristo.

1.º Habia dicho Jesucristo á sus discípulos (Math., cap. v, vers. 17) que no habia venido á abrogar la ley, sino á darla cumplimiento; así es que se sujetó hasta á la ley de la circuncision, como si fuera pecador. Mandando, pues, la ley que todo judío adulto celebrase la Pascua en memoria de haber sido libertados los primogénitos hebreos del exterminio, Jesucristo cumplió con esta sagrada ritualidad; mas aquel corazon amante de los hombres tenía un vivísimo deseo de celebrar la Pascua que iba á cerrar la era de las figuras y sombras, y abrir la de la realidad y la luz, manifestándose así á sus discípulos, diciéndoles estas palabras: «Con vehemente deseo he suspirado por comer esta Pascua con vosotros.» (Lucæ, cap. xxii, vers. 15.)

Prescribia Dios que esta Pascua se hiciese asistiendo á la cena del cordero con haldas en cinta, bordon en la mano y sandalias en los piés, para manifestar que era en tiempo de premura y de viaje cuando se instituyó, y que era el paso ó visitacion del Señor. Era, por lo tanto, la Pascua de los judíos la conmemoracion del cambio que efectuó Dios en ellos de la esclavitud de Egipto á la libertad del pueblo de Dios; y tanto este tránsito como la próxima sumersion del ejército de Faraon en las aguas

del Mar Rojo, eran la figura de la transicion de todo el linaje humano de la esclavitud del pecado á la libertad de hijos de Dios que habia de conseguir con la muerte del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Joan., cap. i, vers. 29), al propio tiempo que el enemigo cruel de nuestra dicha, es decir, Lucifer y sus ángeles, eran vencidos por la muerte de este Cordero inocente, que los habia de precipitar en el abismo de fuego. Era, por tanto, esta última Pascua el pensamiento íntimo de Jesus, y su deseo más reconcentrado. ¡Qué alegría sentia su corazon cuando recordaba á sus discípulos este momento que habia de llegar! *Tengo que ser bautizado*, les dice; *¡y qué ánsia tengo de que se cumpla!* (Lucæ, cap. xii, vers. 50.) Era tambien esta Pascua en la que iba Jesus á pasar de este mundo á su Padre.

¡Oh alma mia! Todo te está diciendo que celebres siempre esta Pascua, que pases de la vanidad del mundo al amor íntimo de tu Dios, de la esclavitud del pecado á la libertad de hijo de Dios, y del apego y amor desordenado que tienes á las cosas de este mundo caduco y loco, al amor de las celestiales y eternas. Apresúrate, como los verdaderos israelitas, ciñendo tus lomos, es decir, refrenando la lujuria de la carne con la continencia, calzando tus piés para caminar con denuedo hasta lo más alto de la perfeccion, pues no te has de contentar con ser perfecto á medias teniendo el más ligero apego á ninguna cosa terrena, sino subiendo, como Elías, á la cima del monte santo, y por fin tomando en tu mano el báculo de la gracia de Dios, para que te sostenga en tu miseria y flaqueza, y te sirva de arma contra el enemigo; en una palabra, la castidad, sin la cual ninguna obra es buena; la fé, que nos pone delante los bienes eternos que esperamos, y la humildad, que nos hace desconfiar de nosotros mismos y pedir á Dios incesantemente sus auxilios. Hé aquí lo que has de tener, alma mia, para acompañar á Jesus